

JAIME LUIS OLIVER

Buenos Aires

Hacia un análisis histórico de la desintegración del sistema mundial colectivista

Quizá haya llegado una hora oportuna para que los científicos sociales abandonen sus reificaciones más gravosas, controlen con mayor eficacia la incidencia de las representaciones ideológicas en su quehacer y se autocritiquen con una severidad despiadada. Porque ante ellos transcurrió el derrumbe de una de las mayores organizaciones políticas y económicas del mundo industrializado, sin que pudieran percibir sus falencias estructurales y diagnosticar sus tendencias a la disolución, pro lo menos con una anticipación suficiente y sobre la base de un acuerdo relativamente extendido. El paso de las ideologías identificó a economistas, politólogos y sociólogos del Este y el Oeste en una percepción de la realidad global sustentada en dos imágenes distorsionadas: la “crisis económica” de Occidente y la estabilidad de un sistema internacional basado en la polarización equilibrada de las superpotencias.

Las ciencias sociales no lograron sistematizar otro discurso sobre el cambio social que superara la coherencia del enfoque histórico de raigambre evolucionista, aquél en el que culminara la autoconciencia de la modernidad. Terminaron por declarar la imposibilidad de racionalizar científicamente las tendencias de cambio, atribuyendo a la creatividad humana, el espíritu innovador el aprendizaje de nuevos juegos sociales y la “solidaridad contestataria”, el curso imprevisible de los destinos colectivos.

Entre tanto, la Historia asentaba alguno de los pilares en los que podría sustentarse su reconstrucción, y a los que sería oportuno recurrir para ensayar un programa de análisis de la desintegración del “campo socialista” que perfilará las tendencias reconocibles en la hora actual. Uno de esos pilares consiste en la distinción de las duraciones larga, media y corta, en el análisis de los procesos sociales (Braudel). El otro, en la determinación de los niveles “histórico mundial”, “sistémico mundial”, “macrohistórico” y “microhistórico” para el estudio singular y comparado de los procesos históricos identificables (Tilly). La articulación de estas vías de análisis puede configurar una prometedora metodología histórica. En neutro desarrollo se omiten, en función de la brevedad, las precisiones a nivel de los acontecimientos.

A nivel histórico mundial, el desmantelamiento del campo socialista se manifiesta –en la larga duración- como el tránsito de una lógica de organización social (la construcción del socialismo) a otra aún más difundida (la subordinación política de las sociedades de menor productividad a las de mayor desarrollo). Coyunturalmente y en ese mismo nivel, la “profesión americana” ha demostrado ser un recurso intervencionista eficaz en el derrumbe del bloque antagónico.

A nivel sistémico mundial, la larga duración permite comprender que la contradicción esencial del orden colectivista radicaba en la imposibilidad de construir un sociedad moderna, altamente productiva y abierta, ampliando al mismo tiempo el ideal humanista ascético del revolucionario y la ética superior de la equidad. Coyunturalmente, la contradicción más seria se manifestó en una confrontación de nacionalismos (separatista y centralizador, subdesarrollado defensivo y ofensivo “de potencia”) cuando caducara la praxis universalmente marxista.

A nivel macrohistórico, la larga duración permite comprobar el estancamiento de la productividad soviética, las dificultades agrarias, la ineficacia de la inversión de las relaciones centro-periferia y

los inconvenientes políticos derivados de la estrategia de planificación centralizada. En el mismo nivel, coyunturalmente podrían señalarse la postergación de las demandas y la “política de la estrechez” como factores desestabilizadores del orden colectivo. El análisis de las formas y los ritmos de la movilidad social demostrará que se registró una severa restricción del acceso de las minorías étnicas los estratos superiores de la sociedad y a los enclaves del poder central.

A nivel microhistórico, por último, deberían rastrearse en la larga duración las raíces de los antagonismo étnicos, el fracaso de las transculturaciones y –por qué no- las alternancia de fanatismo constructor y abandono de sí mismo propia de la mentalidad colectiva más difundida en Rusia. En la duración coyuntural, la microhistoria permitiría comprender que el “aflojamiento de los lazos” de una “época de reformas” permitió un “juego de relaciones” promotor del reacomodamiento, la iniciativa y la creatividad de los actores sociales.

Más allá de las precisiones analíticas, corresponderá también a los historiadores rotular significativamente el proceso de desmantelamiento del campo socialista. ¿Fue una revolución incruenta? La presión exterior, la agitación nacionalista y la movilización de una “elite burocrática” apta para conducir los destinos de los nuevos estados asemejan este proceso al de las emancipaciones latinoamericanas, africanas y asiáticas, cuando se discrimina la respuesta brutal del poder central, no manifestada en la ocasión. De cualquier manera, denominar “revolución” al derrumbe del decadente imperio de los Zares y no emplear un término afín para el desmantelamiento de la segunda potencia nuclear del mundo y la mitad oriental de Europa, parece un prejuicio ideológico del que debería prescindirse.